

Civilización andina y conquista española

Fernando Rosas

VISION HISTORICA DEL PROBLEMA

El impacto de la conquista española en el mundo andino es uno de los temas más abordados por la historiografía peruana y latinoamericana. Para algunos la epopeya de la conquista, realizada por un puñado de españoles, merecía una ubicación destacada entre los grandes acontecimientos de la historia; para otros, la proyección continental del imperio incaico y su supuesto carácter socialista constitufan un terreno fértil para resaltar el aspecto traumático de la conquista en la medida en que destruía un orden casi perfecto, donde la justicia social, la solidaridad y los principios morales imperaban.

Se abrió así, hace tiempo, una polémica entre hispanistas e indigenistas. Hasta la década del 20, el predominio de la visión hispanista fue incontrastable; la difusión de la civilización occidental, la evangelización y la imagen modélica del conquistador escondieron la realidad todavía poco explorada de un contexto que se ubicaba en la periferia del poder político, del prestigio social y de la justicia; el mundo andino.

En los momentos iniciales del debate, la posición hispanista se nutría del carácter mesiánico del europeo, de la voluntad de evan-

gelización, del inmenso bagaje tecnológico; mientras que la posición indigenista sólo podía llamar la atención girando en torno a rasgos generales de un imperio todavía no muy conocido en sus estructuras fundamentales, aunque sí favorecido por tendencias indigenistas que emergían a través de estudios sociológicos o expresiones artísticas.

Con el pasar del tiempo, concretamente a partir de fines de la década del 50, la posición hispanista tuvo que enfrentar un fortalecimiento de posturas indigenistas que no sólo se apoyaban en estudios históricos y arqueológicos cada vez más profundos sino también en la emergencia de los pueblos del Ande, a través de un proceso de migración a la costa, que definía una presencia directa en los escenarios urbanos de predominio occidental y que llamaba la atención desde el punto de vista sociológico y político.

La literatura también jugó un papel importante en la «revuelta» del indigenismo y en sus planteamientos en torno a la conquista europea; el rescate de valores andinos, fruto de una percepción directa y profunda del problema y de un compromiso no sólo sentimental sino generacional, alertó a historiadores y antropólogos. Mientras tanto, la población de las ciudades costeñas seguía cambiando, así como también la composición del estudiantado universitario al que ya no convencía totalmente el discurso hispanizante. Poco a poco, la conquista se definió como explotación, desestructuración y genocidio, todo ello enmarcado en estudios acusatorios del impacto negativo del español en el Ande e influidos por los vaivenes de la política que en efervescencia nacionalista rescataba símbolos y valores andinos.

La posición hispanista empezó a languidecer a fines de la década del 60, no sólo por los aspectos ya señalados en relación al fortalecimiento de la posición indigenista sino también por un agotamiento interno ante la desaparición de sus connotados y tradicionales exponentes. El refugio en la erudición no pudo evitar la pérdida de influencia pues el mensaje no debía ser dirigido a una elite universitaria sino al gran público. Por otra parte, el desprestigio de la historia política, que había alimentado el hispanismo, y su desplazamiento por los estudios económicos y sociales, consecuencia de los nuevos aires que llegaban desde otras latitudes, constituyó factor importante de su retirada en el terreno del debate. Por

último, a consecuencia de la dictadura militar nacionalista de fines de los 60, se definió una política educativa marcadamente antihispanista, en lo que al entendimiento de la conquista se refiere.

Los 70 y los primeros 80 no trajeron un cambio en las posiciones de las dos tendencias de interpretación de la conquista. Pero las condiciones en que se anunciaba la exaltación de lo andino y el papel destructor del español fueron variando; no se articulaban ya en un discurso con fuerte contenido político ni seguían a las presiones y los vaivenes de la política nacional; más bien eran resultado de estudios acumulados y de observaciones producto de contactos interdisciplinarios motivadores de nuevos temas y enfoques. Antropólogos, arqueólogos, sociólogos, demógrafos y otros científicos sociales alimentaron de material las canteras donde trabajaban los historiadores.

Pero ya en la actualidad, otros factores se incorporaron al proceso de confrontación de ideas que nos ocupa. La crisis económica que viven los países andinos exacerba las críticas al sistema, sistema que en sus orígenes se reflejó en la conquista y explotación de los nuevos mundos. La miseria y la realidad que define concentran la atención en las riquezas perdidas a raíz de una expropiación violenta.

El oro y la plata del Perú. La antítesis de un país rico, por designio de la naturaleza –aunque con una riqueza fugaz y en tránsito hacia los centros hegemónicos del poder– y un país que se sumerge en una crisis económica profunda; riqueza teórica o riqueza real y fugaz, coexistiendo con la miseria. En ese contexto, el discurso de la pérdida de la riqueza pretérita no beneficia en nada a la posición hispanista; se resalta que el oro y la plata desplazados a Europa no compraron nada y no fueron compensados con nada positivo.

La crisis económica se encuentra vinculada a la violencia y en un contexto en donde ella recrudece es difícil comunicar propuestas que idealicen procesos de conquista y colonización, siendo ello otro punto a favor de una postura marcadamente indigenista. El lenguaje de la violencia, que resalta la lucha contra la miseria y la explotación cuando se traslada en el tiempo al pasado, encuentra en la conquista española un buen tema de análisis y comparación.

Otro elemento que refuerza la visión traumática de la conquista es

aquello que podríamos llamar la «fractura tecnológica». Si bien el tema de la aplicación de la tecnología europea y sus efectos negativos ha sido trabajado desde tiempo atrás, el desarrollo actual de estudios tecnológicos especialmente relacionados al agro demuestra que las antiguas técnicas prehispánicas eran la mejor respuesta que se podía ofrecer al desafío del suelo y del clima. Al presente se rescatan antiguos sistemas de riego y a partir de ello se logra un importante incremento de la producción agrícola. Surge así otro factor negativo en relación con las posturas hispanistas.

En el campo de la cultura popular también se encuentran manifestaciones que denotan una voluntad de proyectar imágenes de rebeldía frente a la miseria y postergación; tejidos, estatuillas y pinturas constituyen expresiones claras de esa actitud. Si bien el tema de la conquista española no es directamente enfocado, se inscribe dentro de la violencia social que la refleja, siendo la etapa de nacionalismo militar la que incrementó un mensaje que giraba en torno a una ruptura de cadenas. Todo este proceso, que se completa con la violencia del enfrentamiento entre subversivos y las fuerzas del orden, no favorece tampoco a una visión favorable de la conquista y sí a una visión traumática e indigenista.

Finalmente, el proceso de definición de una nueva sociedad peruana, con su masiva presencia andina en los centros urbanos costeros, especialmente en Lima, la capital, y sus múltiples manifestaciones de síntesis que van desde la música popular hasta los cambios en el tejido urbano, revelan un contexto de refuerzo a la visión catastrófica de la conquista.

La breve mención de diversos aspectos del proceso de confrontación de las dos visiones de la conquista española nos permite concluir que el discurso de un proceso de integración de civilizaciones y de mestizaje creador cede en la actualidad ante la visión de la expoliación y la violencia.

Pero si bien a nivel del pensamiento del grueso de la población la visión indigenista triunfa rotundamente, dentro del análisis científico y social las cosas no están tan claramente definidas. Si bien las últimas publicaciones reflejan una imagen positiva del imperio incaico, se notan, por otro lado, esfuerzos para lograr una mejor comprensión de la

conquista despojándola de la exaltación del acontecimiento (matanza de Cajamarca, por ejemplo), para penetrar dentro de un análisis coyuntural, estructural e interdisciplinario.

Uno de los caminos que se recorren pasa por el terreno de la historia de las mentalidades. Los esfuerzos por llegar a la comprensión del impacto psicológico de la conquista entre los habitantes del Ande tienen en la obra de Nathan Wachtel (1971) una expresión bastante completa. En el campo de la mentalidad del conquistador las referencias son raras, lo cual permite que todavía se pueda sostener, como lo suscribe Carlo Mario Cipolla en *Guns and sails in the early phase of european expansion* (1965), al referirse a los descubrimientos y la conquista: «...la religión facilitaba el pretexto, el oro el móvil». Es evidente que una mejor comprensión de la mentalidad del europeo de fines del siglo XV y comienzos del XVI revelaría aspectos importantes para el mejor entendimiento del proceso de incorporación del mundo andino al dominio europeo. El psicoanálisis también aporta elementos interesantes: últimos esfuerzos se plasman en el libro *Entre el mito y la historia. Psicoanálisis y pasado andino*, de Hernández, Lemlij y otros (1987).

En consecuencia, queda aún camino por recorrer en el estudio del impacto de la conquista española en el mundo andino. En ese sentido, es factible que la mejor comprensión del problema no se logre en la identificación con uno de los extremos: la visión idílica y civilizadora o la visión catastrófica, sino más bien en la versión de justo medio que pasa por la necesaria vía de la llamada Historia Total. Para ello se tiene que despojar en la conmemoración del V Centenario al término «encuentro» del carácter ambiguo que tiene y que algunos consideran velada expresión filohispanista. Fue un encuentro violento y decisivo para las poblaciones andinas que felizmente está siendo analizado a partir de nuevas perspectivas.

NUEVAS PERSPECTIVAS

Viejos temas renovados

El estudio del impacto de la conquista en el mundo andino tuvo algunos temas preferidos, entre ellos el problema de la despoblación, el

de la explotación de los recursos materiales y humanos y el de la confrontación de mentalidades. Estos temas están siendo replanteados gracias a nuevos estudios y propuestas teóricas.

La fractura demográfica

El problema de la caída demográfica a raíz de la conquista española había sido visto desde una perspectiva «bajista» que plantea una reducción mínima, o desde una perspectiva «alcista» que habla de una reducción de la población indígena al 5%. El camino para una evaluación equilibrada del impacto de la conquista en el plano demográfico es el de los estudios regionales, aun cuando no se debe pasar por alto algunos estudios generales como el que para el caso del Perú realizó N. D. Cook (1970) en base a la tributación y que cubre el lapso entre 1570 y 1620. En dicho estudio se muestra una reducción del 50% en la población indígena (de 1'264,530 a 589,033). Es evidente que las mayores dificultades se encuentran en determinar el descenso demográfico en los primeros treinta años de la conquista; es allí donde el análisis regional aporta elementos importantes. Provincias como Huánuco, Chucuito, Yucay, Chancay, Canta, etc., van proporcionando datos que evidencian que la caída demográfica no fue la misma en todas las regiones del Perú, que fue violenta en los primeros veinte años y que después, aun cuando la tendencia era al descenso, el proceso se atenuó.

Al margen de la clara fractura demográfica en términos cuantitativos, la historia demográfica nos lleva a considerar otros aspectos como el equilibrio entre sexos, el promedio o expectativa de vida, la pirámide de edades, etc.; además se debe dar explicaciones a las cifras, lo cual lleva al plano de la formulación de tesis que van desde la simplista explicación fundada en la guerra y la violencia o en la explotación que ejercieron mineros y encomenderos. Otro argumento es el de las epidemias y enfermedades como la viruela, la gripe y la peste, elementos evidentes de mortandad. Pero las nuevas perspectivas de tratamiento del problema surgen de los estudios que se empiezan a realizar en torno a la influencia del clima, en donde la evolución de métodos y el uso de

conceptos apropiados es evidente. Basta citar al respecto el trabajo de L. Huertas para la región de Trujillo (1987). Otro aspecto en el que se están dando algunos pasos es en lo que Sánchez Albormoz (1973) llama el «desgano vital», que enfoca los aspectos psicológicos generados por la conquista y que llevan a considerar el problema de la baja fertilidad. En ese terreno la historia comparada puede proporcionar elementos de juicio al relacionar la condición indígena con aquello que vive la población negra esclava y que ha sido muy estudiado en el caso norteamericano del siglo XIX. Tampoco los problemas de aborto y de suicidio pueden ser descuidados, aun cuando las evidencias al respecto son aisladas y fragmentarias.

En todo caso, todavía hay mucho camino por recorrer en los estudios demográficos, y toda generalización o tesis unilineal no aportará lo necesario para una real comprensión del problema. La caída demográfica fue producto de un conjunto de elementos que en su convergencia definieron una coyuntura definitivamente traumática. Recalcamos: conjunto de elementos; y así lo entendió el virrey del Perú, marqués de Castelfuerte, quien en su Memoria (1736) señaló: «Las causas de la decadencia referida de la población de Indios son varias y aunque todos los que han tratado y hablan de ellas ponen el principal origen de la ruina en el mismo principio de la conservación, como lo es el trabajo de las minas..., y aunque no dudo que este trabajo, el de los obrajes y otros concurren poderosamente al decaimiento, sin embargo, la Universal que, aun sin estos campos ha ido a extinguir esta nación, es la inevitable de su preciso estado, que es la de ser regida por otra dominante, como ha sucedido en todos los Imperios...»

Explotación económica

El conocido tema de la explotación económica, habitualmente enfocado desde la perspectiva de la destrucción y que encontró campo de análisis principalmente en la agricultura y la minería, manifiesta actualmente nuevas líneas de trabajo,

Es evidente que hay una alteración en la estructura económica,

pero sus alcances no deben advertirse únicamente en los planos más «visibles». Los españoles explotaban a los indígenas no solamente en las minas o en las haciendas; la explotación penetraba en todos los campos, desde la vida cotidiana hasta, sutil o claramente, en el desarrollo de la vida espiritual, y no podía ser de otra manera, pues el ejercicio de su dominio se materializaba en la misma explotación.

La definición de una economía colonial y sus implicancias en los momentos iniciales encuentra nuevos temas en el análisis del reordenamiento espacial de las economías regionales, el comportamiento de los mercados internos y el funcionamiento de las unidades de producción. Al respecto es pertinente citar los trabajos de Carlos Sempat Assadourian (1982) o los de M. Burga (1976), L. M. Glave (1983), E. Trelles (1983), entre otros. Los numerosos trabajos monográficos recientes dan luz a aspectos poco conocidos en los mecanismos de explotación económica. Estudios sobre fiscalidad como el de J. Tord y C. Lasso (1981), aunque cubren etapas posteriores al siglo XVI, motivan nuevos enfoques en la difícil tarea del estudio económico colonial de ese siglo.

En los temas tradicionales como el de la minería pocos trabajos se han desarrollado en los últimos tiempos; lo mismo que en el de la moneda, salvo los estudios de E. Dargent, a través de numerosos artículos en revistas especializadas; asimismo son escasos los estudios sobre la producción artesanal aun cuando los obrajes fueron especialmente estudiados en trabajos pioneros como el de F. Silva Santisteban (1964) y posteriormente por Myriam Salas de Coloma.

En conclusión, se puede hablar de una reorientación de los estudios que enfocan el problema de la explotación económica y sus efectos iniciales en el espacio peruano, todo ello consecuencia de un alejamiento de las perspectivas traumáticas de la conquista y por consiguiente de los temas ligados a esa visión. Los estudios del funcionamiento de las encomiendas y haciendas, del comercio interno, del ordenamiento de los espacios, y de otros aspectos que entrarían en el campo de la microhistoria, están contribuyendo a la configuración de un panorama más equilibrado en relación al impacto de la conquista y al Perú del siglo XVI.

Viejo esquema quinientista en donde fácilmente aparecen descripciones superficiales o afirmaciones ligeras. El análisis de la obra de un Guaman Poma o un Garcilaso de la Vega llevó inexorablemente a la mención del impacto de la conquista en el plano de la mentalidad indígena, pero sin una sistematización que recientemente le pudo proporcionar la historia de las mentalidades.

El trabajo de Nathan Wachtel *La vision des vaincus* (1971) fue en ese sentido la primera propuesta integral de análisis de mentalidades, esbozando una aproximación polivalente que no sólo recogía los aspectos económicos y sociales del impacto, sino también sus manifestaciones periféricas plasmadas en la fiesta, la guerra o el milenarismo.

El enfoque de Wachtel, que motivó algunas reflexiones localizadas y trabajos recogidos en artículos, tiene una continuación —dentro de una perspectiva actualizada y sustentada en la interdisciplinariedad— en los trabajos de dos historiadores peruanos: Alberto Flores Galindo, con su obra *Buscando un inca: identidad y utopía en los Andes* (1987) y Manuel Burga, *Nacimiento de una utopía: muerte y resurrección de los incas* (1988).

A través de ambas obras se observa cómo la permanencia supera la destrucción, cómo la desestructuración no implica más que una reestructuración y cómo el hombre andino encuentra el camino para la definición de una síntesis que va más allá de la simple aculturación, alentando la resurrección de los incas y tratando de reconstruir su mundo en un esfuerzo que dura siglos y que trae el tema de la conquista hasta nuestros días.

Pero la exploración en el terreno de la crisis de la mentalidad andina en el siglo XVI no sólo la encontramos en publicaciones; también se manifiesta a través de otros canales como el filme. Llamamos la atención en ese sentido trabajos como el titulado *Cuando el mundo oscureció*, dirigido por Gianfranco Anichini y José Carlos Huayhuaca (1988), en donde se enfocan las fiestas religiosas del pueblo de Yanque y se examinan mitos que todavía prevalecen en el valle del Colca recordando el asesinato de Atahualpa por los conquistadores —momento «cuando el

mundo oscureció»— y la esperanza en que llegue el momento en que el inca resucitará.

Nuevos temas

Los incas: vitalidad plurisecular

El Tahuantinsuyo, nombre que tiene el orden político que unificó una gran extensión de la América meridional y que muchos llaman imperio de los incas —aun cuando recientemente se rechaza el occidental término imperio (Rostworowski, 1988)—, tuvo una existencia relativamente corta. Sin embargo esa existencia fugaz en comparación a otros estados prehispánicos se contradice con la permanencia que manifiesta en proyecciones que llegan hasta nuestros días. Y es que, más que cualquier otra manifestación, el Tahuantinsuyo o imperio de los incas llega a encarnar la máxima expresión del orden andino.

Esa vitalidad plurisecular probablemente es consecuencia del papel que le tocó representar al producirse el choque con la civilización europea, aun cuando políticamente tuviese todavía algunos vacíos, llámense pueblos no sometidos, desplazamientos forzados, problemas de integración con poderes locales, etc.; y es consecuencia también de la imagen idílica que proyecta que, como ya hemos señalado, no es tan cierta como las corrientes indigenistas han querido mostrar en el debate de la conquista.

Lo cierto del caso es que el estado inca desaparece antes del fin del siglo XVI, pero sus proyecciones superan el obstáculo de los siglos a través de manifestaciones concretas o abstractas.

En el campo de las *proyecciones concretas* podemos considerar:

a) *Los incas de la resistencia y el mito de la pasividad*: Las imágenes del descalabro del estado inca y el sangriento escenario de la plaza de Cajamarca escondieron un importante proceso de resistencia al dominio español que se tradujo en rebeliones concretas iniciadas con la gran insurrección de Manco Inca, antiguo aliado de los españoles, que puso asedio al Cusco español por un año, aunque después fue derrotado. También se puede señalar cómo en Vilcabamba, una zona cercana al

Cusco pero de difícil acceso, se constituyó un estado inca que tuvo una existencia de treinta y cinco años, de 1537 a 1572, y que permitió la restauración del culto al inca y al sol en claro rechazo al cristianismo. Ese estado inca llegó a controlar gran territorio hasta su desaparición con la captura y muerte de Túpac Amaru, último inca de Vilcabamba, en 1572.

Grandes y pequeñas insurrecciones, conatos de sublevación general y las angustias de los españoles ante el conocimiento que gradualmente adquirían los indígenas en el uso de armas europeas y el dominio del caballo –además de otras inquietudes– son evidencias claras de que la supuesta pasividad del indígena peruano en realidad no era tal, siendo los mismos españoles los que a través de textos y documentos manifiestan su preocupación y respeto.

b) *La resistencia en nombre de los incas*: Más allá del siglo XVI subsiste la reacción frente al dominio español. Reacciones de variada naturaleza en donde andinos, mestizos o españoles, recordando a los incas, intentan desestabilizar el dominio colonial.

A manera de ejemplo se puede citar uno de los casos más singulares, el del aventurero español Pedro de Bohórquez quien en la gobernación de Tucumán «se tituló Inca y descendiente de Incas y se erigió en redentor de la raza oprimida», dando origen a un alzamiento de los indios calchaqués entre 1657 y 1667. Lo curioso del hecho es que Bohórquez fue reconocido como inca por el gobernador de Tucumán y fue recibido como tal. El rebelde fue derrotado en 1659 pero los indígenas continuaron resistiendo hasta 1667 en nombre del falso inca.

Caso distinto es el de la rebelión de Juan Santos Atahualpa, natural del Cusco o Cajamarca, quien encabeza en 1742 un movimiento antiespañol que compromete la selva central y la ceja de selva, zonas de frontera ecológica, religiosa y étnica. Las pocas informaciones de que se dispone muestran la dimensión del movimiento de resistencia y el carisma de su líder, que se hacía llamar Apu Inca. Juan Santos no fue derrotado pero tampoco logró su cometido: ni Lima fue amenazada ni los españoles arrojados del Perú.

El movimiento de Túpac Amaru II (1780) fue el esfuerzo más importante de la población indígena para liquidar la dominación espa-

ñola. Como señala Flores Galindo, de haber triunfado, el Cusco sería la capital del Perú, la sierra predominaría sobre la costa y los gobernantes descenderían de la aristocracia indígena colonial. La revolución de Túpac Amaru es la culminación de un largo proceso de alzamientos que llega en el Perú a la cifra de 112 entre 1730 y 1779. El programa del líder indígena planteaba la expulsión de los españoles, la reconstitución del imperio incaico y cambios importantes en la estructura económica (fiscalidad, trabajos forzados, haciendas, etc.). En el siglo XVIII la idea del inca se confundía con la realidad al existir descendientes reales; por ello la mención a éste actúa como elemento aglutinador aunque los verdaderos detonantes sean factores relativos a problemas de mercado interno (reparto obligado de mercaderías) —como lo estudia J. Golte (1980)— y aunque la emergencia social de cierto sector indígena rompa con la forzada relación indio-campesino: un indio podía ser noble y rico y por lo tanto podía llegar a enfrentarse al sistema opresor. La rebelión fue sangrienta y destructora; las autoridades coloniales movilizaron miles de soldados y los rebeldes asesinaron y saquearon propiedades de españoles a quienes se acusaba de anticristos y demonios. Al final llegó la derrota para los rebeldes pero el nombre del inca, a pesar de la represión, permaneció como posibilidad.

Por último, dentro de lo que hemos llamado resistencia en nombre del inca, está la conspiración que en 1805 encabezaron Gabriel Aguilar y Manuel Ubalde, hijos de españoles nacidos el primero en Huánuco y el segundo en Arequipa. El Cusco es el centro de sus proyectos de rebeldía, logrando convencer a cerca de sesenta personas entre las que no aparecían muchos indígenas. Rechazan la tiranía española y la ausencia de títulos para ejercer su dominio: buscan un inca para obtener la legitimidad de su proyecto. El resultado es el ajusticiamiento de los cabecillas del complot el 5 de diciembre de 1805.

Hemos presentado así algunos hitos que reflejan un fenómeno de larga duración: la resistencia en nombre de los incas.

Pasando a un campo que llamaremos de *proyecciones abstractas*, podemos considerar algunos aspectos de la lucha por el mantenimiento de una visión del mundo:

a) Penetrando en el mundo de *los mitos* andinos, son muchos los que reflejan la voluntad y necesidad de sobreponerse al dominio español. Entre ellos destaca el mito de Inkarrí, conocido gracias a investigaciones antropológicas contemporáneas y a referencias históricas que lo ubican en los siglos XVII y XVIII. Es un relato que sobrevalora las facultades del inca al darle el poder de transtornar la naturaleza y pronostica su regreso cuando quede completada la reunión de sus partes separadas.

Otra manifestación más compleja es el Taki Onqoy que constituye una forma de nativismo y a su vez una praxis social de resistencia al dominio español a través de la existencia de una secta religiosa. Duró de 1564 a 1570-72 y se extendió por varias provincias de la sierra sur, especialmente en lo que hoy es el departamento de Ayacucho. Constituía una prédica que realizaban indígenas poseídos quienes predicaban la destrucción del mundo, el fin de las injusticias y el triunfo final de las huacas o dioses andinos sobre la divinidad cristiana. Dos grandes huacas o dioses (Pachacamac y Titicaca) encabezaban la lucha contra el español. Fue un movimiento surgido del inconsciente colectivo del indígena y tuvo sólo un carácter religioso.

b) *La fiesta* también puede ser un canal de proyección del inca. El estudio de las fiestas urbanas coloniales muestra la existencia de procesiones en donde aparecían «los monarcas ingas en su corte», llegándose a ubicar en Lima (1659), una representación en donde sale el inca y combate simbólicamente contra dos reyes a los que vence. En las fiestas de proclamación de los reyes españoles paradójicamente aparecían los incas en magnífico desfile. Pero no hay que retroceder tanto en el tiempo: en la actualidad subsisten muchas fiestas andinas en donde incas y españoles se enfrentan, o se reconstituye la muerte de Atahualpa en un ritual que tiene mucho de resurrección y que probablemente data del siglo XVII (Burga, 1988).

Es de rescatar que en esas fiestas se plantea una especie de inversión del mundo, en donde los dominados se convierten en dominantes y viceversa, y en donde se predica el regreso a tiempos mejores.

c) Finalmente, no hay que olvidar los múltiples aspectos relativos al *imaginario popular indígena* en la conquista. El hecho de creer que los españoles eran los viracochas y que después se convertían en *supay*

o demonios, significa un viraje que tiene que ver con la desacralización de los españoles y su asociación con los aspectos más vulgares de su comportamiento, cuales son su codicia por el oro y las mujeres. Ambos intereses se encuentran todavía representados en los actuales bailes andinos. Reflejan ese imaginario popular indígena textos de cronistas indígenas como Guaman Poma de Ayala o de españoles proindigenistas.

Queda mucho por explorar en el campo del imaginario popular andino en los primeros siglos de dominación española, pero ya se ha descubierto que el estudio de las actuales fiestas andinas puede ser un camino para su mejor comprensión.

A manera de conclusión podemos señalar que la vitalidad plurisecular de los incas constituye un elemento muy importante para lograr el conocimiento de la identidad andina en general y de la nacional peruana, en particular. Pero aparte de la «presencia» de los incas también se descubre la emergencia de nuevos conceptos.

Los nuevos conceptos

Una revisión de las recientes investigaciones en torno a la relación entre el mundo andino y el mundo europeo muestra fácilmente la aparición de conceptos que, si bien habían sido usados para el tratamiento de otros problemas históricos, irrumpen en el campo que estamos abordando.

Quizás el concepto de utopía sea el que más llama la atención. La obra de Manuel Burga, *Nacimiento de una utopía* (1988), resalta el proceso por el cual nace una utopía andina, esperanza colectiva inalcanzable, que busca definir un nuevo mundo en base a uno lejano en el tiempo pero que se siente propio y puro.

El milenarismo es otro concepto que vemos aplicado en la obra de Wachtel al referirse especialmente al movimiento del Taqui Onqoy y en general a todos los esfuerzos concretos o abstractos que planteaban un retorno a las épocas pasadas, a través de un verdadero renacimiento de la cultura indígena tradicional que iba a suceder a un fin del mundo. En ese sentido el fin de los tiempos era vital para la llegada de un nuevo mundo en donde la miseria y la injusticia desaparecerían. Preocupación

por el milenarismo muestra también Flores Galindo (1987), al analizar la utopía andina.

Sin la vistosidad del concepto de utopía, el de identidad también se abre paso en el nuevo discurso de la problemática mundo andino-mundo occidental. La búsqueda de una identidad emerge en el análisis de los mitos, los rituales y las fiestas; la identidad se construye y reproduce a través de múltiples mecanismos. La exploración, en ese sentido, se vincula a los problemas actuales en donde la identidad andina se confronta con una identidad nacional o una identidad regional. Son importantes también los aspectos referidos a la transmisión de la identidad, que en el mundo andino alcanzan una complejidad extraordinaria.

Son varios los nuevos conceptos que emergen de los estudios recientes de las vertientes del pensamiento y la praxis andina originados en la ya remota confrontación del siglo XVI.

La tecnología resurrecta

Uno de los aspectos más interesantes que se desprenden del contacto europeo-andino es el de la tecnología. Son muy conocidos los efectos de la implantación de la tecnología europea en el mundo andino: alteración de los suelos, aplicación de técnicas inadecuadas, explotación extensiva de la tierra, introducción de nuevos animales con efectos negativos colaterales, etc. Pero hoy asistimos a una vuelta a la antigua tecnología andina, proceso que algunos llaman de «tecnología apropiada» y que intenta plantear innovaciones basadas en sistemas tecnológicos indígenas.

A partir de los años 60 la investigación antropológica y arqueológica empezó a interesarse por la irrigación y su tecnología; se estudiaron así los canales de irrigación prehispánicos de la costa norte. Todo ello llevó incluso hasta el estudio de la organización social y su influencia en el uso de las aguas. El estudio de ecologías verticales, la relación entre el hombre y los camélidos, etc., permitieron ir comprendiendo aspectos fundamentales para la reestructuración de las áreas productivas en la sierra y la costa peruanas. El cultivo de la papa en sus técnicas tradi-

cionales también fue objeto de especial preocupación así como los sistemas de almacenaje incas.

Quizá el terreno donde en la actualidad se están dando más importantes pasos es el de la irrigación; en varias zonas del país se está realizando la limpieza y restauración de antiguos canales prehispánicos y los resultados obtenidos son especialmente alentadores. Los defectos de los canales de concreto surgen rápidamente a la vista: no pueden seguir fácilmente una topografía cambiante y su revestimiento impide el rejuvenecimiento de reservorios subterráneos.

CONSIDERACIONES FINALES (1992)

El desarrollo del análisis histórico del proceso de incorporación del mundo andino al dominio hispánico nos muestra mucho de comprensible apasionamiento y tanto o más de debate estéril; sólo en las últimas dos décadas nuevas perspectivas y métodos de análisis comenzaron a despejar el terreno de prejuicios y modelos contruidos sobre bases endeables, a pesar de la existencia de algunos trabajos pioneros que destacaron por su objetividad pero que fueron silenciados por la polarización de posiciones.

Si se toma en cuenta el trabajo de los investigadores de este lado del mundo, resulta evidente un limitado dominio o, por lo menos, una poca atención al proceso histórico ibérico y europeo en general. Un conocimiento sólido de dicho proceso es factor fundamental para lograr la comprensión del impacto de la conquista en las sociedades americanas; el desconocer o marginar las estructuras económicas, políticas, sociales y mentales de la España del siglo XVI compromete cualquier análisis del proceso de conquista y colonización. Por otra parte también afecta, limitando una visión integral, la casi nula presencia de estudios comparativos con similares procesos americanos tales como los casos azteca, caribeño o araucano.

En lo que se refiere al estudio del mundo andino de fines del siglo XV y siglo XVI, paradójicamente, y a pesar de todo el debate y la investigación realizados, todavía hay mucho por hacer. Es lamentable advertir que lo aparentemente trillado del tema no anima a la investi-

gación, salvo el impacto que pueda ejercer la conmemoración colombiana, con la fugacidad que toda coyuntura semejante determina. También cabe considerar el hecho de que las investigaciones de grado, tanto en el país como en el exterior, ya no tienen como uno de sus enfoques más comunes los aspectos que nos ocupan.

La renovación de los temas tradicionales y la presencia de nuevos campos de investigación constituyen indicios alentadores de una nueva etapa en los estudios en torno al complejo tema de la conquista y colonización del mundo andino. Este derrotero, acompañado de un cada vez mayor conocimiento y manejo de los aspectos de la realidad histórica ibérica y europea de la época, posibilitará alcanzar una visión integral que contemple no sólo la visión de los vencidos sino también la de los vencedores, y que permita una mejor comprensión del mundo andino actual.